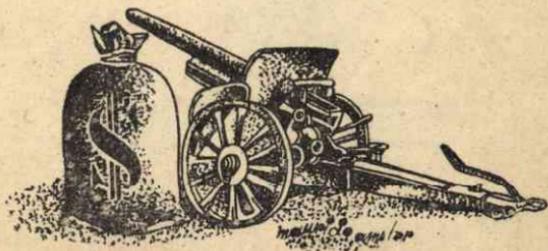


PROFESOR I. MINTS

GUERRAS

JUSTAS E INJUSTAS
Y ANALISIS DE LOS

TRATADOS



Profesor I. Mints

GUERRAS JUSTAS E INJUSTAS
y
ANALISIS DE LOS TRATADOS

*Extracto de una conferencia
pronunciada el 13 Agosto 1989*



Colección: LA GUERRA IMPERIALISTA

EDICIONES NUEVA AMERICA
SANTIAGO DE CHILE
1940

GUERRAS JUSTAS E INJUSTAS

La nueva guerra imperialista es ya un hecho.

En su informe al XVIII Congreso del Partido Comunista (Bolchevique) de la U. R. S. S. el camarada Stalin puso al desnudo las causas, las particularidades y el carácter de la segunda guerra imperialista que se ha desencadenado, mostró sus raíces económicas profundas, hizo un pronóstico científico marxista-leninista indicando a dónde van los acontecimientos mundiales. La claridad y la fuerza del análisis staliniano han elevado el estudio de las guerras a un nivel teórico más alto.

La Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la U. R. S. S., establece con claridad y profundidad stalinianas el balance de la teoría marxista-leninista de la guerra.

“Los bolcheviques no eran simples pacifistas, enamorados de la paz y que se contentasen con predicar la paz a todo trance...”

“Los bolcheviques no eran contrarios a *toda* guerra. Eran contrarios solamente a la guerra anexionista, a la guerra imperialista. Los bolcheviques entendían que hay dos clases de guerras:

a) Las guerras *justas*, no anexionistas, de liberación; que tienen como finalidad defender al pueblo contra una agresión exterior y contra cuantos intenten esclavizarle, o liberar al pueblo de la esclavitud del capitalismo o, finalmente, emancipar a las colonias y a los países dependientes del yugo de los imperialistas, y

b) Las guerras *injustas*, anexionistas, que tienen como finalidad la anexión y esclavización de países y pueblos extranjeros. (Historia del P. C. de la U. R. S. S.—Ed. española, págs. 195-196).

que conduce inevitablemente a las guerras de rapiña, de violencia y de conquista.

Y, en fin, hay la contradicción entre un pequeño grupo de Estados imperialistas y centenares de millones de trabajadores de las colonias, oprimidos y esclavizados.

El capitalismo de la fase premonopolista se caracterizaba por la exportación de mercancías. Las mercancías baratas, fabricadas con la ayuda de máquinas, sustituían en las colonias a los productos de los artesanos indígenas, arruinaban a millones de artesanos incapaces de resistir al capitalismo, armado hasta los dientes, y los reducían a la miseria. Una sangrienta ilustración de esta ley es la tragedia de los tejedores de la India que suministraban al mundo entero musselina y satín y que en el siglo XIX se vieron condenados al hambre y a la muerte por las fábricas textiles inglesas.

Bajo el imperialismo, la exportación de mercancías ha cedido el puesto, sobre todo, a la exportación de capital. Explotando y explotando sin piedad a los países coloniales y atrasados, los imperialistas se ven obligados a construir en ellos talleres y fábricas, puertos y estaciones. Hace su aparición el proletariado local, que es capaz de agrupar a las masas dispersas sometidas y de ponerse a su cabeza. Se forman los intelectuales, la conciencia nacional crece. Se agrava la contradicción entre un puñado de bandidos imperialistas y millones de esclavos. Así, paralelamente a las guerras de rapiña y de conquista, el imperialismo engendra inevitablemente guerras nacionales de liberación, guerras justas, legítimas.

II

Los bolcheviques han distinguido siempre las guerras por su carácter.

“ Hay guerra y guerra, decía Lenin. Hay guerras justas y guerras injustas, guerras progresivas y

reaccionarias, guerras de las clases avanzadas y guerras de las clases atrasadas, guerras que sirven para la consolidación del yugo de clase y guerras que sirven para su derrumbamiento..." (Lenin, Obras Completas, tomo XXIV, pág. 282, ed. rusa).

¿Cómo se puede distinguir una guerra de otra, cómo definir el carácter de la guerra?

La cuestión no consiste en esto; quién ha atacado el primero, o sobre qué territorio se hace la guerra. En la guerra anglo-boer (1899-1902), fueron los boers quienes atacaron los primeros y derrotaron a los ejércitos ingleses, pero ningún marxista ha dudado jamás que fué Inglaterra quien sostuvo en el Transvaal una guerra colonial, guerra de rapiña, guerra imperialista.

Cuando comenzó la guerra imperialista de 1914-1918, Plejanov hizo un informe en Suiza sobre la actitud de los socialistas con respecto a la guerra. Plejanov criticaba a aquellos socialistas que afirmaban que no se podía distinguir quien la había comenzado. Lenin intervino enérgicamente contra Plejanov, demostrando que la guerra no tenía un carácter accidental que dependiera de tal o cual ataque, sino que estaba preparada por todas las condiciones del desenvolvimiento de la sociedad burguesa. (Ver tomo XVIII, Conferencia "El proletariado y la guerra").

No se puede juzgar del carácter de la guerra por las maniobras diplomáticas, por el hecho de que un hábil hombre de negocios haya engañado a un diplomático retorcido y le haya obligado a asumir ante la opinión pública el papel del hombre que ha sacado la pistola.

Los bolcheviques definen el carácter de la guerra de acuerdo con la cuestión de cuál es la *política* que ha precedido y provocado la guerra, *cuál es la clase* que conduce la guerra, *cual es el objetivo político* que la guerra persigue.

Es preciso estudiar las condiciones históricas en que la guerra es conducida. Es preciso estudiar la situa-

ción de la clase que conduce la guerra, es preciso analizar en detalle la política de esta clase, política de la cual la guerra es la continuación. Importa dilucidar los lazos político-económicos internacionales de esta clase, y solamente entonces se podrá fijar una actitud marxista-leninista justa respecto a la guerra.

Para definir el carácter de la guerra, no tiene importancia el saber dónde se encuentran las tropas, quién es vencedor y quién es vencido. Para los marxistas es importante saber con qué fin se conduce la guerra en la cual pueden ser victoriosos los ejércitos de tal o cual país. Es esta la única concepción justa, concepción materialista de la guerra.

En su lucha contra los socialistas revolucionarios y los mencheviques, contra los anarquistas y otros enemigos de la clase obrera, Lenin hizo un brillante análisis de la guerra. En la época del capitalismo, la humanidad ha sostenido numerosas guerras. Ha habido guerras de rapiña, de conquista. Pero ha habido también guerras progresivas, guerras nacionales, guerras de los pueblos por la defensa de su desenvolvimiento nacional, por la defensa de la libertad política contra las naciones que ejercen la opresión.

Las guerras nacionales han sido particularmente numerosas en el período que va de 1789 a 1871, desde la Revolución francesa burguesa hasta la Comuna de París. En la base de estas guerras efectivamente nacionales había un movimiento nacional de larga duración que tendía al derrumbamiento del yugo extranjero, a la creación, según la definición de Lenin (ver tomo XVIII, pág. 125), de un Estado sobre la base nacional, como premisa del desenvolvimiento capitalista. Fueron las guerras contra el feudalismo y contra el absolutismo, guerras para el paso del feudalismo atrasado de la Edad Media al progreso nacional. Estas guerras eran sostenidas por la burguesía que sublevaba a las masas contra la antigua clase dominante.

Las guerras de la Revolución francesa de 1793 a

1794, estaban dirigidas contra los intervencionistas que aspiraban al restablecimiento de la monarquía. Eran guerras que llevaban la liberación a los pueblos oprimidos y sobre las ruinas del feudalismo que se derrumbaba desembarazaban el camino para una nueva y progresiva formación social económica.

La lucha del pueblo español contra Napoleón I (1808 a 1813), la revuelta de las masas populares de la India contra el Imperio colonial de Inglaterra (1857 a 1859), la insurrección de los Cipayos, fueron guerras justas, liberadoras. La lucha del pueblo italiano en 1859 por su independencia nacional contra los ejércitos germano-austríacos, fué también una guerra justa. En esta guerra liberadora el pueblo italiano expulsó del país a los conquistadores que execraba.

La historia rusa ha conocido también numerosas guerras justas. La guerra de 1242, contra la intrusión de los feroces caballeros alemanes en la región de Novgorod, fué una guerra justa. La guerra del pueblo ruso contra los conquistadores polacos y la matanza de los conquistadores polacos, en 1611-1612, fué también una guerra justa, así como la guerra de 1812 contra la intrusión de Napoleón.

El Estado que el pueblo defendía en numerosas guerras del siglo XIX era un Estado capitalista, era la patria burguesa. Pero el proletariado le defendía porque la liquidación de los restos del feudalismo, el derrumbamiento del absolutismo, la supresión del yugo nacional, desembarazaba el camino a la lucha proletaria por el socialismo.

Al desenmascarar a los que niegan la necesidad de "la defensa de la patria", por el proletariado, bajo el pretexto de que Marx ha dicho: "los proletarios no tienen patria", Lenin escribía en 1908:

"El Manifiesto Comunista dice en efecto que "los proletarios no tienen patria"... pero de aquí no se sigue... que sea indiferente para el proletariado la patria en que vive: si vive en la Alemania monárquica o

en la Francia republicana o en la Turquía despótica. La patria, es decir, el medio político, cultural y social dado, es el factor más poderoso de la lucha de clases del proletariado. . . El proletariado no puede ser indiferente a las condiciones políticas, sociales y culturales de su lucha y por consecuencia, no puede ser indiferente a los destinos de su país". (Tomo XII, pág. 314).

El gran dialéctico subraya al mismo tiempo el carácter histórico restringido de la defensa de tal patria. Lenin indica "pero los destinos del país no le interesan más que *en tanto que* tienen relación con su lucha de clases y no como consecuencia de *yo* no se qué "patriotismo" burgués absolutamente desplazado en boca de un socialdemócrata".

Por eso mismo subraya Lenin el carácter restringido de las guerras justas en la sociedad burguesa: con el cambio de condiciones, las guerras justas pueden transformarse en guerras injustas.

Lenin enseñaba que para hacer la característica de las guerras, no basta con recurrir a esquemas ya hechos, a clichés preparados por anticipado. Al analizar minuciosamente la situación histórica concreta, la política de la clase que conduce la guerra, Lenin mostró la fuerza sorprendente de la dialéctica marxista. Las guerras nacionales justas de Francia, se transformaron en guerras injustas, guerras de rapiña, en cuanto cambiaron sus fines políticos. Las guerras de Napoleón I, que esclavizó a toda una serie de países, fueron guerras de conquista, y éstas guerras provocaron, a su vez, una serie de guerras nacionales de liberación.

Cuando Lenin definía el carácter de una guerra justa, no concedía importancia al hecho de que estas guerras implicasen también elementos de pillaje y de violencia, la usurpación de los territorios extranjeros. Esto no cambiaba lo esencial en las guerras mencionadas: lucha contra el feudalismo, lucha contra la barbarie, lucha contra el yugo extranjero y la invasión armada de los conquistadores.

Lenin escribía a este respecto:

“Por ejemplo, las guerras revolucionarias de Francia, implicaban el pillaje y la conquista de los territorios extranjeros por los franceses, pero esto no cambia en nada la importancia histórica esencial de estas guerras, que destruían y quebrantaban el feudalismo y el absolutismo de toda la vieja Europa feudal”. (Tomo XVIII, pág. 194).

Los marxistas consideraban estas guerras como legítimas y justas, porque conducían a la revolución contra la Edad Media y contra la servidumbre.

III

Un brillante ejemplo de lucha valerosa, enérgica y consecuente contra la guerra imperialista, ejemplo que tiene una enorme importancia para la clase obrera y los trabajadores del mundo entero, fué la lucha de Lenin-Stalin, del Partido Bolchevique, contra la guerra imperialista de 1914-1918.

La burguesía de cada país se esforzaba por hacer pasar esta guerra de reparto de las colonias y de pillaje de las tierras de otro, por una guerra nacional. Los incendiarios de guerra y sus criados gritaban que luchaban por la patria. Con sus frases sobre la defensa de la patria en la guerra imperialista, engañaban impudientemente al pueblo.

Lenin desenmascaró implacablemente a los oscurantistas, a los reaccionarios, a los opresores y sus cómplices que hablaban hipócritamente de patriotismo, del amor a la patria. En sus artículos apasionados, llenos de orgullo nacional y de un verdadero y ardiente amor por la patria, Lenin decía que el proletariado ruso ama su lengua y su patria: la clase obrera sufre de ver a los terratenientes y a la burguesía maltratar y martirizar al pueblo, oprimir nuestra bella patria. El proletariado lucha porque su país sea libre, independiente, porque no oprima a otros pueblos.

Precisamente porque queremos que nuestra patria sea tal —escribía Lenin— “decimos que no se puede en el siglo XX, en Europa (aunque sea en la Europa del Extremo Oriente), defender la patria de otro modo que luchando por todos los medios revolucionarios contra la monarquía, contra los grandes terratenientes, es decir, contra los *peores* enemigos de nuestra patria; es imposible a los gran-rusos “defender la patria” de otro modo que deseando la derrota del zarismo en toda guerra, como el menor mal para los nueve décimos de la población gran rusa”. . . (Tomo XVIII. pág. 82).

Los bolcheviques iban a las masas con la consigna de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Esta consigna significaba que los obreros y los campesinos, y en primer lugar el ejército, debían volver las armas contra el zarismo, contra los terratenientes y la burguesía, para derribar su poder. Esto exigía la continuación de la lucha revolucionaria contra el zarismo, esto imponía a los miembros del Partido, el deber de enrolarse en el ejército, de aprender el manejo de las armas, de transformar el descontento de los soldados a causa de la guerra, en una lucha consciente contra el absolutismo.

El trabajo revolucionario de los bolcheviques debilitaba al zarismo y la derrota del zarismo aceleraba y facilitaba a su vez la revolución contra el zarismo. Los bolcheviques habían acumulado ya una gran experiencia. En los años de la guerra ruso-japonesa el Partido estimaba que la derrota en esta guerra de rapiña conduciría al debilitamiento del zarismo.

Durante la guerra de 1914-1918, Lenin exigía también que los revolucionarios de todos los países sostuvieran la misma política de derrota de sus gobiernos imperialistas.

Sobre la base de un estudio profundo del imperialismo, Lenin llegó a la conclusión de que a causa del desenvolvimiento desigual del capitalismo, el socialismo no puede vencer al mismo tiempo en todos los paí-

ses, que la victoria del socialismo es posible primero en algunos, o incluso en un solo país separadamente. Esta nueva teoría de la revolución socialista abrió perspectivas revolucionarias ante los proletarios de cada país, haciendo afirmarse su iniciativa en la lucha por el derribamiento de su burguesía nacional.

El genio de Lenin previó que el socialismo vencedor en un país se encontraría con el enemigo agonizante, gangrenado, pero todavía fuerte, que utilizaría todas las fuerzas del viejo mundo para estrangular el nuevo sistema de Estado creciente. Ya antes de la Revolución de octubre, Lenin predecía que la guerra enfrentaría infaliblemente al socialismo, vencedor en un país, y al imperialismo; y que, de parte del socialismo, sería una guerra justa, legítima, una guerra de liberación.

Trotsky y Bujarin intervinieron durante la guerra contra Lenin. Lucharon contra las consignas de Lenin de transformación de la guerra imperialista en guerra civil, contra la política tendente a la derrota militar del gobierno zarista, contra la escisión con los oportunistas. Las consignas pacifistas de Trotsky y Bujarin eran en el fondo la defensa y la tapadera del imperialismo.

IV

El pueblo soviético, que ha aplastado al capitalismo, ha realizado milagros de firmeza y de abnegación, de valor sin ejemplo y de heroísmo en los combates por la patria, contra los intervencionistas en 1918-1920. El imperialismo organizó una campaña militar contra el socialismo que había vencido en un país, tomado aisladamente.

En 1918, los imperialistas alemanes invadieron la joven y débil república soviética. Utilizando la traición de Trotsky y de Bujarin, que preparaban, en alianza con los socialistas revolucionarios de "izquierda", el asesinato de Lenin, Stalin y Sverdlov, los ejércitos alema-

nes y austro-húngaros se abatieron sobre nuestro país.

Pero los imperialistas alemanes no consiguieron esclavizar al pueblo soviético. El Ejército Rojo, creado por la voluntad de hierro de Lenin y de Stalin, rechazó a los alemanes más allá de las fronteras de la República Soviética. Los obreros y los campesinos ucranianos entablaron una guerra de liberación contra los invasores alemanes.

Los imperialistas del otro campo, el de la Entente: Japón, Italia, Inglaterra, Francia y otros, no desmerecían junto a los buitres alemanes.

A principios de 1919, hicieron irrupción en el país soviético hasta 400,000 intervencionistas. Allí donde posaban sus pies, la contrarrevolución se instauraba, los ocupantes devolvían la tierra a los terratenientes, las fábricas y las usinas a los capitalistas. Colgaban a los comunistas, incendaban las aldeas. Millares de bolcheviques fueron condenados a muerte, fusilados, encarcelados, ahogados, arrojados a las calderas de las locomotoras.

Bajo la protección de las bayonetas de los intervencionistas, los fabricantes, los terratenientes y los funcionarios zaristas, volvían al país. Como langostas hambrientas se arrojaban sobre los trabajadores de las regiones ocupadas. Cada uno de ellos se apresuraba ávidamente a saquear lo más posible. Se obligó a los campesinos a devolver todo lo que habían obtenido gracias al reparto de tierras de los terratenientes. Centenares de millares de obreros y campesinos perecían bajo las balas de las bandas feroces. El país soviético fué inundado de sangre.

Los bolcheviques sublevaron a los obreros y campesinos para la guerra contra los invasores extranjeros y los guardias-blancos. La ley marxista que dice que la guerra es la continuación de la política por otros medios, que el carácter de la guerra depende de la clase que la conduce, se afirmó con una fuerza y claridad particulares, en la historia de la guerra civil. La guerra

era conducida por los obreros y campesinos que se habían libertado del yugo del capitalismo y que luchaban contra la restauración de este yugo. La guerra era la continuación de la política de la revolución, la política del derrumbamiento de la burguesía y de los terratenientes, la política de la supresión del yugo de los explotadores. Esto determinó el carácter y el éxito de la guerra civil. Era *una guerra por la defensa de la patria* en el verdadero sentido de estos términos. Los obreros y los campesinos defendían su patria, conquistada en la revolución, contra los terratenientes y la burguesía. La historia de la humanidad no ha conocido todavía una clase de guerra tan justa. El Ejército Rojo se batía con abnegación por los intereses de todo el pueblo; esta fué una de las principales causas de la victoria del poder soviético. El heroico Ejército Rojo, dirigido por el gran Partido Bolchevique, derrotó a los intervencionistas y barrió del país los restos de los ejércitos blancos.

El proletariado mundial apoyó la gran guerra del Estado socialista, guerra por la defensa de la patria. En los países de Europa y de los Estados Unidos de América desencadenó una amplia ola de huelgas de protesta, con la consigna:

"Abajo las manos ante la Rusia Soviética". La ayuda que el proletariado internacional prestó al país soviético como patria de todo el proletariado mundial, fué también una de las causas principales de la victoria del pueblo soviético.

LA SEGUNDA GUERRA IMPERIALISTA POR EL NUEVO REPARTO DEL MUNDO

Como es sabido, en 1935 Italia atacó y se apoderó de Abisinia. En el verano de 1936 Alemania e Italia organizaron una intervención armada en España. En 1937, el Japón, después de haber ocupado Manchuria, invadió el Norte de China y la China central. A prin-

cipios de 1938 Alemania se anexionó Austria y en el otoño de 1938 la región de los Sudetes de Checoslovaquia. A fines de 1938 el Japón ocupó Cantón y a comienzos de 1939 la isla de Hainan. Tal era la situación en el momento del XVIII Congreso del Partido Comunista (b) de la U.R.S.S., en el que el camarada Stalin afirmó:

“De este modo, la guerra, que se abatió tan insensiblemente sobre los pueblos, arrastró dentro de su órbita a más de 500 millones de seres, extendiendo su campo de acción sobre un inmenso territorio, desde Tientsín, Shanghai y Cantón, a través de Abisinia, hasta Gibraltar. La nueva guerra imperialista es ya un hecho”.

El camarada Stalin mostró en el XVIII Congreso del Partido Comunista (b) de la U.R.S.S. la esencia de clase de la nueva guerra imperialista que se ha desencadenado, en tanto que guerra de rapiña, de anexión, guerra por el nuevo reparto del mundo y de las esferas de influencia entre los Estados imperialistas. El camarada Stalin subrayó la particularidad característica de esta guerra, consistente, primero, en que no ha llegado todavía, hasta este momento, a ser una guerra general mundial. y, segundo, en que los Estados en detrimento de los cuales se hace el nuevo reparto del mundo se muestran complacientes en todos los puntos hacia los Estados que proceden a este nuevo reparto del mundo. Decía el camarada Stalin:

“El rasgo característico de la nueva guerra imperialista consiste en que, por el momento, no ha llegado aun a ser general, una guerra mundial. La guerra la llevan los Estados agresores, lesionando en toda medida los intereses de los Estados no agresores, ante todo, de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, mientras que éstos reculan y ceden, haciendo a los agresores una concesión tras otra”.

El camarada Stalin puso al desnudo clara y sagazmente la causa principal de este carácter unilateral y

extraño de la nueva guerra imperialista, en el momento del XVIII Congreso del P. C. (b) de la U.R.S.S.

El camarada Stalin indicó que no es la debilidad de los países sedicentes democráticos la que les dicta una política de concesiones y hasta de connivencia frente al reparto del mundo, que se hace abiertamente a sus expensas y en favor de los países agresores. Los primeros, tomados en conjunto, son incontestablemente más fuertes que los Estados fascistas, tanto desde el punto de vista económico como militar.

“La causa principal es que la mayoría de los países no agresores, y ante todo, Inglaterra y Francia, renuncian a la política de seguridad colectiva, a la política de resistencia colectiva a los agresores; que pasan a las posiciones de la no intervención, a las posiciones de la “neutralidad”.

Esta comprobación del camarada Stalin es extraordinariamente importante. Implica la profunda previsión staliniana de toda la marcha ulterior de la historia mundial para el próximo periodo histórico.

En efecto, inmediatamente después de esta comprobación, el camarada Stalin pone al desnudo con una simplicidad sorprendente, genial, el sentido principal de la política de no intervención y de “neutralidad” mantenida por los gobiernos de Inglaterra y Francia en el curso de estos dos o tres últimos años, frente a las actividades de los agresores.

“Formalmente, se podría caracterizar la política de la no intervención del siguiente modo: “que cada país, se defienda de los agresores como quiera y pueda, a nosotros no nos importa, nosotros vamos a comerciar, tanto con los agresores como con sus víctimas”. Mas, en realidad, la política de no intervención significa favorecer la agresión, el desencadenamiento de la guerra; por lo tanto, convertirla en una guerra mundial. En la política de la no intervención se trasluce la aspiración, el deseo de no impedir a los agresores que lleven a cabo su obra funesta; no impedir, por

ejemplo, que el Japón se enrede en una guerra con China, y mejor aun, con la Unión Soviética; no impedir, por ejemplo, que Alemania se hunda en los asuntos europeos, se enrede en una guerra con la Unión Soviética, hacer que todos los participantes en la guerra se empantanen profundamente en el cieno de la guerra, alentarlos para esto por debajo de cuerda, dejarles que se debiliten y agoten entre sí, para luego, cuando ya estén suficientemente quebrantados, aparecer en la liza con fuerzas frescas, intervenir, claro está, "en interés de la paz", y dictar sus condiciones a los países beligerantes debilitados" (1).

Nunca deben olvidarse estas palabras del camarada Stalin. El nos da la clave para la comprensión de todos los acontecimientos posteriores en el dominio de la política exterior.

El mundo entero conoce la política consecuente de la U.R.S.S. en la obra de defensa de la paz. El mundo entero conoce los esfuerzos de la U.R.S.S. por la creación de un frente de paz sobre la base de la seguridad colectiva, de la resistencia colectiva a los agresores.

Al consolidar su potencia defensiva, al asegurar por todos los medios el desarrollo continuo de todas sus fuerzas, la U.R.S.S. tendía incansablemente sus esfuerzos al mantenimiento de la paz. Es sabido que, con este fin, la U.R.S.S. entró a fines de 1934 en la Sociedad de las Naciones, partiendo de la consideración de que pese a su debilidad, podría, a pesar de todo, como decía el camarada Stalin, ser útil como tribuna que permitiese desenmascarar a los agresores y como instrumento de paz, por débil que fuese, capaz de frenar el desencadenamiento de la guerra. En el mes de mayo de 1935 se firmó el pacto de asistencia mutua entre Francia y la U.R.S.S., y un pacto análogo con Checoslovaquia. En el mes de marzo

(1) J. Stalin.—"Informe sobre la actuación del Comité Central del Partido, al XVIII Congreso del P. C. (b.) de la U.R.S.S."—Ed. española, 1939.

de 1936, la U.R.S.S. firmó un pacto de asistencia mutua con la República Popular de Mongolia. En agosto de 1937 se concluyó el pacto de no agresión entre la U.R.S.S. y la República de China.

¿Por qué, pues, no se ha realizado el frente de la paz? La responsabilidad recae enteramente sobre los círculos dirigentes de Inglaterra y de Francia. Son ellos los que han torpedeado la realización del frente de paz y, por tanto, se han desenmascarado como partidarios hipócritas de la paz. En efecto, los círculos dirigentes de Inglaterra y Francia, no tenían más que a servirse de la U.R.S.S. para que sacase en provecho de ellos las castañas del fuego. No querían tener un pacto de asistencia mutua con la U.R.S.S. más que en tanto que esto les reforzase a ellos mismos. Pero no querían que el pacto de asistencia mutua reforzase la U.R.S.S. y su papel internacional. Por eso, en las negociaciones con la U.R.S.S. ponían condiciones absolutamente inaceptables. Inglaterra y Francia exigían de la U.R.S.S. una ayuda militar contra la agresión, en favor de Polonia, pero se negaban a la ayuda correspondiente a la U.R.S.S. de parte de Inglaterra y Francia. Hicieron inmediatamente entrar en escena, según la expresión de Molotov, a Polonia, que rechazaba categóricamente la ayuda militar de la U. R. S. S. El pacto de asistencia mutua con la U. R. S. S. debía transformarse, según la idea de Inglaterra y Francia, en una trampa destinada a aislar a la U.R.S.S. frente al agresor. Dicho de otro modo, los gobiernos de Inglaterra y Francia han tratado allí también, de mantener su política consistente en hacer sacar las castañas del fuego con manos ajenas. ¿No está claro, pues, que los gobiernos de los países llamados democráticos no constituyen una muralla de la paz, no presentan ninguna garantía en la lucha por la paz y contra el fascismo y que son los enemigos de la paz, los enemigos de la Unión Soviética, con el mismo título que todos los demás incendiarios de guerra?

Inglaterra y Francia están hoy en guerra con Ale-

mania. Los gobiernos de estos países engañan por todos los medios a sus pueblos sobre el verdadero carácter de la guerra que sostienen. Es, por tanto, necesario declarar en alta voz que la guerra que ha estallado en Europa es una guerra imperialista, una guerra de rapiña por ambas partes. No es la libertad, la democracia y la cultura lo que Inglaterra y Francia defienden en esta guerra; igual que Alemania, sostienen la guerra por un nuevo reparto del mundo, es decir, por el establecimiento de un nuevo sistema de pillaje imperialista. La guerra entre Alemania y Polonia es también una guerra imperialista, porque la Polonia fascista forma parte del bloque imperialista de Inglaterra y Francia.

La clase obrera no puede de ningún modo apoyar esta guerra. Tiene el deber de luchar contra ella y de utilizar la crisis que ha producido para derribar el capitalismo.

La nueva guerra imperialista por el reparto del mundo ha entrado en una nueva fase. Nuevos centenares de millones de hombres son arrastrados a la órbita de la guerra. La guerra se hace en el centro de Europa. Todas las frases respecto a la defensa de la democracia en esta guerra, son un engaño nefasto. El mundo capitalista está dividido, en los momentos actuales, en dos campos imperialistas en guerra. La división del mundo capitalista en campo fascista y en campo llamado democrático, no existe ya, porque el campo llamado democrático que ha tomado una posición hostil a la U.R.S.S. en la cuestión de la lucha contra la agresión, no se diferencia ya en nada de los demás agresores, en el dominio de la política exterior. Esta situación exige, de parte de la clase obrera, una revisión minuciosa de toda su línea táctica desde el punto de vista de la necesidad de lucha contra la guerra imperialista. La experiencia de Lenin y de los bolcheviques en el período de 1914-1918, adquiere actualmente, de nuevo, un enorme interés práctico para el movimiento obrero internacional.

EL KRACH DEL SISTEMA DE VERSALLES

En el XVIII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S., celebrado en marzo de 1939, hizo el camarada Stalin una apreciación completa y profundamente verídica de toda la situación internacional. Los acontecimientos desarrollados posteriormente han confirmado brillantemente, como siempre, el genial análisis y el pronóstico stalinianos.

El camarada Stalin pintó el cuadro de la nueva crisis económica en los países capitalistas, la agravación de la lucha por los mercados, por las fuentes de materias primas, por el nuevo reparto del mundo; en relación con esto, la agravación de la situación política internacional, el derrumbamiento de los sistemas de paz de la postguerra imperialista. Sobre la base de este análisis, el camarada Stalin señaló las tareas esenciales del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S. y las de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas en la lucha por el comunismo.

El camarada Stalin dijo: "He aquí algunos de los acontecimientos más importantes ocurridos durante el período sobre que informamos y que han iniciado la nueva guerra imperialista. En 1935, Italia se lanzó sobre Abisinia y la ocupó. En el verano de 1936, Alemania e Italia organizaron la intervención armada en España, afirmándose Alemania en el Norte de España y en el Marruecos español; e Italia, en el Sur de España y en las Islas Baleares. En 1937, el Japón, después de ocupar Manchuria, invadió la China Central y la del Norte, ocupó Pekin, Tientsin y Shanghai, y comenzó a desalojar de la zona ocupada a sus competidores extranjeros. A principios de 1938, Alemania se apoderó de Austria y, en el otoño de 1938, de la región Sudete de Checoslovaquia. A fines de 1938, el Japón ocupó Cantón, y a principios de 1939, se apoderó de la isla Hainán.

De este modo, la guerra, que se abatió insensiblemente sobre los pueblos, arrastró dentro de su órbita a

mas de 500 millones de seres, extendiendo su campo de acción sobre un inmenso territorio, desde Tientsín, Shanghai y Cantón, a través de Abisinia, hasta Gibraltar.

Después de la primera guerra imperialista, los estados vencedores, principalmente Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, crearon un nuevo régimen de relaciones entre los países, el régimen de paz de postguerra. Las bases principales de este régimen eran: en el Extremo Oriente, el Tratado de las Nueve Potencias; y en Europa, el Tratado de Versalles, así como toda una serie de nuevos Tratados. La Sociedad de Naciones estaba llamada a regularizar las relaciones entre los países dentro del marco de este régimen, sobre la base del frente único de los Estados, sobre la base de la defensa colectiva de la seguridad de los Estados. Pero los tres Estados agresores y la nueva guerra imperialista que éstos han iniciado, han dado al traste con todo este sistema de régimen de paz de postguerra. El Japón hizo pedazos el Tratado de las Nueve Potencias, y Alemania e Italia, el tratado de Versalles. Con el fin de tener las manos libres, estos tres Estados salieron de la Sociedad de Naciones.

La nueva guerra imperialista es ya un hecho" (2).

La guerra imperialista que ya ha comenzado en Europa, confirma plenamente el análisis y el pronóstico del camarada Stalin. Para ayudar a estudiar los párrafos antes citados del informe del camarada Stalin, damos más abajo el contenido de los tratados más importantes del sistema de paz de Versalles, que ha sufrido una completa bancarrota.

(2) J. Stalin.—Obra citada, págs. 9 y 10.

ANALISIS DE LOS TRATADOS

El Tratado de Paz de Versalles

El Tratado de Paz de Versalles, entre los Estados aliados (Inglaterra, Francia y otros) y Alemania. Tratado que puso término a la primera guerra imperialista, se firmó el 28 de junio de 1919 en Versalles (Francia).

El Tratado de Versalles disminuyó considerablemente el territorio de Alemania en favor de los vencedores. Alemania fué obligada a devolver a Francia la Alsacia-Lorena, arrebatada a Francia como consecuencia de la guerra francoprusiana de 1871. El Rhin pasó a ser la frontera principal entre Francia y Alemania. La cuenca carbonífera del Sarre, próxima a la Lorena, fué ocupada por Francia. Sus minas pasaron a manos de Francia como indemnización por las pérdidas causadas a la industria hullera francesa por la ocupación alemana durante la guerra. Los territorios de Eupen y Malmédy pasaron a Bélgica. Las pérdidas territoriales de Alemania en el Este fueron no menos importantes. Alemania fué desposeída de toda la Posnania, de una parte de la Prusia occidental y de una parte de la Silesia y de la Pomerania.

Todos esos vastos territorios entraron a formar parte del Estado polaco que acababa de reconstituirse. Las posesiones polacas en la Prusia occidental y en Pomerania, posesiones que llegaban al litoral del Báltico, formaban el "corredor" que separaba la Prusia oriental del resto de Alemania. El gran puerto sobre el mar Báltico, Dantzig, fué arrebatado a Alemania y transformado en "ciudad libre", bajo los auspicios de la Sociedad de Naciones. Alemania perdió también Memel, puerto del Mar Báltico, que fué entregado a los Estados de la Entente y más tarde pasó a Lituania.

Algunas provincias de la Prusia oriental y de la Alta Silesia fueron dejadas a un lado por el Tratado

de Versalles, para que el problema de su pertenencia a Alemania o a Polonia se decidiera por el voto de la población misma (por medio de plebiscito). A consecuencia del plebiscito hecho en 1921, una parte importante de la Alta Silesia, su parte industrial, pasó a formar parte de Polonia. La pérdida de Alsacia-Lorena, de la cuenca del Sarre y de la Alta Silesia, desposeyó a Alemania del 70% de sus minerales de hierro, y del 33% de su hulla. Alemania perdió sus colonias; particularmente el Africa oriental alemana (el territorio de Tanganika), fué entregada a la Gran Bretaña por mandato de la Sociedad de Naciones. Las colonias del Togo y del Camerún, en el Africa occidental, se repartieron, por mandato de la Sociedad de Naciones, entre la Gran Bretaña, Francia y Bélgica. El Africa sudoccidental fué entregada, por mandato de la Sociedad de Naciones, al Dominio británico de la Unión Sudafricana. Las posesiones coloniales alemanas en el Pacífico se repartieron de modo que los Dominios británicos, Australia y Nueva Zelanda, obtuvieron mandatos sobre los territorios situados al sur del ecuador (una parte de Nueva Guinea, el archipiélago Bismarck y otras islas), y el Japón obtuvo el mandato sobre las islas situadas al Norte del ecuador (las islas Marianas, Palaos, Carolinas y Marshall).

El Tratado de Versalles obligó a Alemania a reconocer el principio de su responsabilidad en la guerra y, por consiguiente, la obligación de indemnización completa (reparaciones) de todas las pérdidas causadas por la guerra a los Estados aliados, a las potencias asociadas a ellos y a sus ciudadanos, con la sola excepción de los gastos directamente relacionados con el sostenimiento de la guerra. El pago de las reparaciones y las entregas en especie gravaron con una pesadísima carga a la economía alemana de la postguerra, y la gran burguesía alemana hizo recaer esa carga sobre las espaldas de las grandes masas populares. Para asegurar estas condiciones, el Tratado de Versalles establecía garantías

adecuadas de carácter militar. El territorio alemán de la orilla izquierda del Rin, con Colonia, Coblenza y Maguncia, fué ocupado por los ejércitos aliados por un periodo de 15 años. Alemania se vió privada del derecho de construir fortalezas y de sostener un ejército dentro de la zona de 50 kilómetros de ancho sobre la orilla derecha del Rin (la llamada zona desmilitarizada del Rin). Alemania tuvo que entregar a los aliados todas sus reservas de municiones y desmovilizó su ejército, cuyo contingente quedó reducido para los años subsiguientes a 6 divisiones (100,000 hombres). Quedaba prohibido el servicio militar obligatorio y sólo los voluntarios podían ingresar en el ejército. Se prohibía a Alemania tener una aviación militar por pequeña que fuese; su ejército no debía poseer artillería pesada (con excepción de la artillería de fortaleza), ni tanques ni otros varios armamentos. Alemania debía entregar a los aliados casi toda su marina militar y, para el porvenir, el número de sus buques de todas clases, así como sus dimensiones, quedaban estrechamente regulados. Particularmente, Alemania no podía poseer grandes buques de línea, ni portaaviones, ni submarinos.

El tratado de Versalles aplastaba como una pesadísima carga a las masas trabajadoras alemanas. Los fascistas alemanes utilizaron, para instaurar su dictadura, la demagogia antiversallesa. En realidad el fascismo alemán no tendía a liberar a Alemania de las cadenas de Versalles, sino a imponer a otros pueblos cadenas más pesadas aun y tratados de rapiña todavía más aplastantes.

Las cláusulas del Tratado de Versalles más penosas para Alemania, o sea las reparaciones, dejaron prácticamente de existir antes de instaurarse el fascismo en Alemania. A partir de 1931, Alemania dejó de pagar las reparaciones. Casi al mismo tiempo se acabó, antes del plazo previsto, la ocupación de los territorios alemanes por los aliados. A comienzos de 1935, después del plebiscito de la región del Sarre, esta última fué devuelta a Alemania con la obligación, por parte de ésta,

de pagar a Francia el coste de las minas de hulla. El 15 de marzo de 1936, el fascismo alemán anuló por un acto unilateral, las cláusulas del Tratado de Versalles que limitaban sus armamentos. El servicio militar quedó restablecido en Alemania, y el fascismo alemán comenzó a prepararse a un ritmo frenético para la guerra terrestre, aérea y marítima, gastando en armamentos todas las fuerzas y todos los recursos del pueblo alemán. El 7 de marzo de 1936, las tropas alemanas penetraron en la zona desmilitarizada del Rin. Más tarde, el fascismo alemán comenzó a liquidar las cláusulas políticoterritoriales del Tratado de Versalles. Se apoderó, no solamente de los territorios antes pertenecientes a Alemania, sino también de territorios pertenecientes a otros Estados y que jamás habían formado parte de Alemania. El 11 de marzo de 1938, fué ocupada Austria; un año después, el 17 de marzo de 1939, el fascismo alemán se apoderó de Checoslovaquia. Casi al mismo tiempo se apoderó también de Memel, que pertenecía a Lituania. De este modo desaparecían las fronteras creadas por el Tratado de Versalles. Los fascistas alemanes que durante mucho tiempo han explotado las duras condiciones impuestas a Alemania por el Tratado de Versalles, invaden a su vez, actualmente, territorios extranjeros y someten a los pueblos vecinos, desencadenando la segunda guerra imperialista.

El Tratado de Paz de Saint-Germain

A consecuencia de la guerra mundial desapareció Austria-Hungría del mapa político de Europa. En su lugar aparecieron nuevos Estados formados en su seno. El territorio de la antigua Austria-Hungría quedó repartido entre esos Estados (Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Austria) y entre los Estados de la coalición hostil a Alemania, que aumentó sus posiciones en más de dos veces, a consecuencia de la anexión de Transilvania y del Banato; Serbia, que se convirtió en un vas-

to Estado (Yugoeslavia), después de haberse anexionado la Bosnia y la Herzegovina, así como la Croacia, la Eslavonia, la Dalmacia, la Stiria y otras regiones del sur de la antigua Austria Hungría; en fin, Italia, que obtuvo, no solamente Trieste y Trento, sino, también, la parte sur del Tirol austriaco. Las nuevas fronteras de los Estados fueron fijadas por los tratados de paz concertados por los Estados aliados y asociados con los dos Estados que los aliados consideraban como sus "adversarios vencidos". Particularmente, el tratado concluido con Austria en Saint Germain (Francia), el 10 de septiembre de 1919, fijaba las fronteras y el estatuto internacional de Austria. Como resultado de este tratado, Austria se convirtió en un pequeño Estado con 6 millones de habitantes, con un centro industrial excesivamente grande (Viena), un Estado muy dependiente de los demás países, por lo que se refiere al combustible, las materias primas para la industria y los productos agrícolas.

El débil Estado austriaco era el objeto de la avidez anexionista de sus vecinos. El tratado de Saint-Germain, lo mismo que el de Versalles, prohibía la anexión (Anchluss) de Austria a Alemania. El primer intento de Alemania de realizar la anexión sobre la base de una unión aduanera con Austria, acordada en 1931, fracasó al chocar con la resistencia de los demás Estados, y, en primer lugar, con la de Francia. Austria, lo mismo que Hungría, estaba ligada a la Italia fascista por los llamados protocolos de Roma, concluidos en 1934 y renovados en 1936. Estos protocolos significaban, prácticamente, la alianza de esos tres Estados. Italia impidió el intento del fascismo alemán de ocupar Austria, valiéndose del "putch" hitleriano del 25 de junio de 1934, "putch" que fué acompañado del asesinato del Canciller austriaco, Dollfus. Pero después, al emprender el fascismo italiano el camino de la agresión anexionista en Africa y en la cuenca del Mediterráneo, y habiendo establecido un estrecho contacto político y mili-

rar con el fascismo alemán, dejó a este último en libertad de acción en la Europa Central. El 11 de marzo de 1938 quedó anexionada Austria por las tropas alemanas y proclamada provincia del Este (Ostmark), de Alemania, con cuyo hecho fué anulado el tratado de paz de Saint-Germain.

El Tratado de Paz del Trianón

El Tratado de Paz del Trianón, del 4 de julio de 1920, empuqueñeció considerablemente el territorio de Hungría. A consecuencia de las cláusulas territoriales de ese tratado, como resultado de la guerra mundial, así como a consecuencia de la estrangulación de la Revolución proletaria húngara por la burguesía reaccionaria y por los grandes terratenientes húngaros, ayudados por los intervencionistas rumanos y checoslovacos (1919), gran parte de la población húngara autóctona quedó fuera de Hungría, en Transilvania, anexionada por Rumania, y en el Banato, repartido entre Rumania y Yugoslavia. Las grandes potencias imperialistas utilizan hábilmente las pretensiones territoriales de Hungría respecto a sus vecinos —consecuencia del Tratado de Paz del Trianón—, para transformarlo en un instrumento de su política. Fué utilizado con dicho fin, particularmente por Italia, ligada a ellos por los protocolos de Roma de 1934 y 1936. Después, el fascismo alemán, realizando la agresión en la Europa central, transformó a Hungría en su aliada y vasalla. Especialmente después de los acuerdos de Munich del otoño de 1938, Hungría se apoderó de una parte considerable del territorio eslovaco, habitado no solamente por húngaros sino también, y en gran parte, por eslovacos. En el momento de la ocupación definitiva de Checoslovaquia por el fascismo alemán, en marzo de 1939, Hungría ocupó por la fuerza de las armas la Rutenia subcarpática. De las cláusulas políticoterritoriales del Tratado del Trianón, no quedan en vigor más que las que fijan las fron-

teras de Hungría con Rumania y con Yugoslavia. En todo caso, el fascismo húngaro trata de obtener, con la ayuda de sus aliados alemanes e italianos, la revisión por la fuerza de dichas fronteras.

El Tratado de Paz de Lausana

El tratado de paz de Lausana fué concluído el 24 de julio de 1923 entre Turquía y los Estados aliados y asociados. Las condiciones iniciales de este tratado de paz fueron impuestas a Turquía, después de la guerra mundial, en Sevres (el 10 de agosto de 1920). El Tratado de Paz de Sevres reducía prácticamente a Turquía a la situación de una semicolonía. Pero en la heroica lucha por la independencia nacional, el pueblo turco supo defenderla, consiguiendo obtener una completa victoria en la guerra de 1921-1922, contra Grecia, que estaba apoyada por la Gran Bretaña, y cuyo resultado fué que la Conferencia de Lausana, reunida en 1922-1923, con participación de Turquía, Grecia, Gran Bretaña, Francia, Italia, Japón, Estados Unidos, Yugoslavia, Bulgaria (y también con la participación de la U.R.S.S., invitada a instancias del gobierno turco), elaborara las cláusulas de un nuevo tratado de paz. Turquía obtuvo la supresión de las restricciones establecidas en el Tratado de Sevres, en lo concerniente a sus fuerzas armadas y la supresión de la obligación de pagar las reparaciones. La cuestión de Mosul, objeto de las discusiones entre Turquía y la Gran Bretaña, que pretendía anexionarla al territorio del Irak (Mesopotamia), colocado bajo su mandato, no quedó solucionada. Más tarde, esta cuestión fué resuelta por la Sociedad de Naciones, en favor de la Gran Bretaña. En el Asia Menor, Esmirna y Aidin que, en virtud del Tratado de Sevres, habían pasado a Grecia, fueron restituidas a Turquía. Esta recuperó en Europa sus fronteras anteriores a la guerra y consiguió la supresión del régimen de capitulaciones (derechos excepcionales para los

extranjeros), y el establecimiento, para el futuro, de los derechos para los ciudadanos de los Estados extranjeros residentes en su territorio sobre la base de la reciprocidad. La cuestión de la deuda pública otomana, es decir, de las deudas exteriores de la Turquía de los Sultanes, no fué resuelta. La cuestión del régimen de los Estrechos (los Dardanelos y el Bósforo), fué arreglada por una convención especial incorporada al Tratado de Lausana. Con arreglo a la convención relativa a los Estrechos, éstos fueron declarados abiertos, tanto para los buques comerciales como para los de guerra de todos los Estados, lo mismo en tiempo de paz que en tiempo de guerra (quedando neutra Turquía). Turquía quedó privada del derecho de fortificar las costas de los Estrechos y de tener fuerzas armadas de ninguna clase en una zona especial próxima a ellos. De este modo las flotas de los Estados mediterráneos podían entrar libremente en el Mar Negro, lo cual creaba una amenaza para la seguridad de los Estados situados en las costas de dicho mar. La delegación soviética que tomó parte en la deliberación de la cuestión referente al régimen de los Estrechos, hizo objeciones categóricas a semejante solución de la cuestión. En todo caso, se vió triunfar en Lausana el criterio de los gobiernos de los Estados imperialistas y, en primer lugar, el de la Gran Bretaña, que veían en la convención sobre los Estrechos un instrumento adecuado para su política antisoviética.

Ulteriormente fueron revisadas algunas cláusulas del Tratado de Paz de Lausana. En particular, por iniciativa de Turquía, se revisó la convención sobre los Estrechos. Esta fué substituída por una nueva convención concertada en la Conferencia de Montreux, el 20 de julio de 1936. Esta convención restituía a Turquía el derecho de fortificar los Estrechos y mantener en ellos sus fuerzas armadas. Se establecieron restricciones en cuanto al tránsito por los Estrechos, de buques de guerra de los Estados no limítrofes con el Mar Negro. En 1938, a petición de Turquía, se revisaron las fronteras trazadas por el Tratado de Lausana entre el territorio

de Turquía y el de Siria, colocada bajo el mandato francés. El antiguo sandjak de Alejandreta, anteriormente incorporado a Siria, se convirtió en una unidad especial administrada en común por Francia y Turquía.

El Tratado de Paz de Neuilly

El Tratado de Paz de Neuilly quedó concluido en Neuilly (Francia), el 27 de noviembre de 1919, entre los Estados aliados y Bulgaria. En su virtud, esta última nación sufrió considerables mutilaciones territoriales. Quedó privada del acceso al mar Egeo al pasar a Grecia el puerto de Dedeagatch, y perdió también una parte de la Dobrudja que pasó a Rumania. También le fueron impuestos el peso de las reparaciones y el desarme. Pero más tarde este régimen impuesto a Bulgaria experimentó alguna dulcificación. La suma de sus reparaciones fué considerablemente disminuída y quedó escalonada de tal modo que las reparaciones que Bulgaria habría de pagar eran absolutamente insignificantes y después fueron formalmente anuladas. Desde la instauración de la dictadura militar fascista en Bulgaria, (1923), ésta no ha cumplido prácticamente ninguna de sus obligaciones acerca del desarme, gozando además de la protección de Italia que procura convertir a Bulgaria en un instrumento de su política en los Balcanes.

El Tratado de las Nueve Potencias

El Tratado de las Nueve Potencias fué concertado el 6 de febrero de 1922 en la Conferencia de Wáshington entre los Estados Unidos, la Gran Bretaña, el Japón, Francia, Italia, Bélgica, Holanda, Portugal y China.

Durante la guerra imperialista, el Japón reforzó considerablemente sus posiciones en China. La ocupación de la antigua colonia alemana de Kiao-Tcheu, fortaleció considerablemente la situación estratégica del

imperialismo japonés, y las famosas veintiuna reivindicaciones impuestas por el Japón a China el 28 de mayo de 1915 instituyeron de hecho el protectorado japonés en China. Esta situación no correspondía, claro está, a los intereses del imperialismo americano, para el cual era extraordinariamente importante mantener el principio de "puerta abierta" en Extremo Oriente. En condiciones de iguales posibilidades, América, como país poseedor de la industria más potente, tenía todos los motivos para poder ocupar el primer puesto en el comercio exterior de China y excluir del comercio chino a los demás Estados. Esta política tropezó con la de las "esferas de influencia" sostenida por los demás Estados imperialistas, principalmente por el Japón e Inglaterra. La política de las "esferas de influencia" se reducía a que esos Estados ocuparan regiones determinadas de China, estableciendo en ellas condiciones ventajosas para ellos, lo que impedía la penetración de la concurrencia extranjera. El reforzamiento de las posiciones del Japón en China provocó una agravación pronunciadísima de las contradicciones nipo-americanas. Otro de los factores de agravación de las contradicciones imperialistas en el Pacífico era la rivalidad naval entre Inglaterra, los Estados Unidos y el Japón.

La Conferencia de Washington, convocada a iniciativa de los Estados Unidos, debía arreglar las cuestiones del Pacífico en Extremo Oriente y determinar la limitación de los armamentos navales. El tratado de las nueve potencias fué uno de los principales resultados de la conferencia, además del tratado sobre la limitación de los armamentos navales y del tratado de las cuatro potencias (Gran Bretaña, Estados Unidos, el Japón y Francia), sobre la inviolabilidad de sus posesiones insulares en el Océano Pacífico. Bajo la presión de los Estados Unidos y de los Dominios británicos, la Conferencia de Washington anuló la alianza anglojaponesa. Las nueve potencias participantes se comprometieron a mantener en China el régimen de "puerta abierta".

decir, a no empeñarse en obtener en una parte cualquiera del país ventajas especiales para ellas y sus ciudadanos, en comparación con las posibilidades correspondientes concedidas a los demás países o a sus ciudadanos. Aceptado este acuerdo bajo la presión de América, redujo temporalmente los proyectos imperialistas del Japón en China (las 21 reivindicaciones), pero no frenó la política ulterior de conquista de los imperialistas japoneses.

En 1931, se apoderó el Japón de Manchuria por la fuerza de las armas, organizando en ella un Estado de marionetas, el Manchukuo. A principios de 1932, atacó a Shanghai, y en los años subsiguientes los imperialistas japoneses continuaron sus anexiones a costa de China. Desde 1937, el Japón sostiene contra China una sangrienta guerra de conquista, con el propósito de subyugar a todo el país por la fuerza de las armas. Por lo tanto, el tratado de las nueve potencias ha sido prácticamente hecho añicos por las bayonetas japonesas, aunque no haya sido anulado formalmente. Además, a comienzos de 1939, el Gobierno japonés declaró oficialmente su propósito de "revisar" las estipulaciones del tratado, de acuerdo con la situación existente en el Asia Oriental y con la "misión especial" que se ha atribuido el Japón. La Gran Bretaña, los Estados Unidos y demás Estados han protestado varias veces contra la violación del tratado de las nueve potencias por los agresores japoneses; pero tales protestas verbales no han tenido ningún resultado práctico.

LA POLITICA EXTERIOR DE LA U.R.S.S. DEFINIDA POR EL CAMARADA STALIN

En el XVIII Congreso del Partido Comunista (bolchevique), de la U.R.S.S., dijo el camarada Stalin lo siguiente acerca de la política exterior de la U.R.S.S.:

"La guerra ha creado una nueva situación en las relaciones entre los países. Ha introducido en estas re-

laciones una atmósfera de alarma y de incertidumbre. Tras haber minado las bases del régimen de paz de la postguerra y haber echado por tierra las nociones elementales del derecho internacional, la guerra ha puesto bajo un interrogante el valor de los tratados y compromisos internacionales. El pacifismo y los proyectos de desarme han quedado enterrados. Ocupó su puesto la fiebre de los armamentos. Comenzaron a armarse todos, desde los pequeños hasta los grandes Estados; entre ellos y ante todo, los Estados que siguen la política de no intervención. Ya nadie cree en los discursos melifluos de que las concesiones de Munich a los agresores y el acuerdo de Munich han inaugurado una pretendida nueva era de "pacificación". Tampoco creen en esto los mismos participantes del acuerdo de Munich, Inglaterra y Francia, que han comenzado a armarse intensivamente no menos que otros.

Se comprende que la U.R.S.S. no ha podido pasar por alto estos acontecimientos amenazadores. Es indudable que toda guerra, por pequeña que sea, iniciada por los agresores en cualquier rincón alejado del mundo, representa un peligro para los países amantes de la paz. Tanto más grave es el peligro que representa la nueva guerra imperialista, que ya ha conseguido arrastrar dentro de su órbita a más de 500 millones de seres en Asia, Africa y Europa. En vista de lo cual, nuestro país, siguiendo firmemente la política de mantenimiento de la paz, ha desplegado, a la vez, una labor sumamente seria en cuanto al reforzamiento de la capacidad combativa de nuestro Ejército Rojo y de nuestra Marina Roja de Guerra.

Al mismo tiempo, la Unión Soviética, con el fin de reforzar sus posiciones internacionales, ha resuelto dar también otros pasos. A fines de 1934, nuestro país entró en la Sociedad de Naciones, partiendo del hecho de que, a pesar de su debilidad, este organismo podía servir de tribuna para desenmascarar a los agresores y como instrumento, aunque débil, de paz, que pudiera

frenar el desencadenamiento de la guerra. La Unión Soviética entiende que, en tiempos de tanta alarma, no se debe desdeñar ni siquiera una organización internacional tan débil como la Sociedad de Naciones. En mayo de 1935, se concertó entre Francia y la Unión Soviética un pacto de asistencia mutua contra un posible ataque de los agresores. Simultáneamente, se concertó un tratado análogo con Checoeslovaquia. En marzo de 1936, la Unión Soviética firmó con la República popular de Mongolia un tratado de ayuda mutua. En agosto de 1937, se firmó un tratado de no agresión entre la Unión Soviética y la República china.

En estas condiciones internacionales difíciles, la Unión Soviética venía aplicando su política exterior, defendiendo la causa del mantenimiento de la paz.

La política exterior de la Unión Soviética es clara y comprensible:

1. Estamos por la paz y el fortalecimiento de las relaciones positivas con todos los países; ocupamos y seguiremos ocupando esta posición, en la medida en que estos países se atengan a las mismas relaciones con la Unión Soviética, en la medida en que no intenten lesionar los intereses de nuestro país.

2. Mantener relaciones pacíficas y de buena vecindad con todos los países, que tienen fronteras comunes con la U.R.S.S.; ocupamos y seguiremos ocupando esta posición, en la medida en que estos países se atengan a estas mismas relaciones con la Unión Soviética, en la medida en que no intenten lesionar, directa o indirectamente, los intereses de la integridad e inviolabilidad de las fronteras del Estado Soviético.

3. Estamos por el apoyo a los pueblos víctimas de la agresión y que luchan por la independencia de su patria.

4. No tememos las amenazas de los agresores y estamos dispuestos a contestar con dos golpes a cada golpe de las fautores de la guerra, que intenten atentar contra la inviolabilidad de las fronteras soviéticas.

Esta es la política exterior de la Unión Soviética.
(*Clamorosos y prolongados aplausos*).

En su política exterior, la Unión Soviética se apoya:

1. En su creciente poderío económico, político y cultural;
2. En la unidad moral y política de nuestra sociedad soviética;
3. En la fraternidad de los pueblos de nuestra Unión Soviética;
4. En su Ejército Rojo y en su Marina Roja de Guerra;
5. En su política de paz;
6. En el apoyo moral de los trabajadores de todos los países vitalmente interesados en mantener la paz;
7. En la sensatez de los países que no están interesados, por unas u otras razones, en alterar la paz".